

Las revoluciones del mundo árabe y su perspectiva

Fecha	Febrero de 2011
Autor	Robin Goodfellow
Version	V 1.1

El mundo árabe conoce una ola revolucionaria cristalizada, por el momento, en la reivindicación democrática. En sí mismos, y aún más en el contexto internacional abierto por la crisis de 2008-2009, estos acontecimientos son de una gran importancia histórica. Los proletarios de Túnez, de Egipto, y sus hermanos de clase de los otros países de la zona merecen el más firme sostén de los revolucionarios, en sus combates actuales, anticipos de sus combates del mañana.

El modo de producción capitalista, como demuestran sus reiteradas crisis, es incapaz de asegurar de manera durable ni tan siquiera una vida decente a la clase productiva moderna, el proletariado, ni a las clases medias que arrastra en la crisis. Los hundimientos económicos a escala de países o regiones del mundo han tenido ya lugar, otras más graves están por venir, en el mismo corazón de las metrópolis capitalistas, incluyendo las zonas donde la acumulación del capital continúa a buen ritmo, modificando rápidamente las relaciones entre las clases. En estas circunstancias, los ejemplos tunecino y egipcio pueden contarse entre los primeros episodios de los combates decisivos que el proletariado mundial deberá librar.

Los efectos de la crisis internacional, el alza, convertida en insoportable, de las materias de primera necesidad, el muy elevado paro endémico (que hallamos en todo el mundo árabe) son factores que impulsan necesariamente al proletariado a movilizarse para defender sus intereses de clase. Como en Argentina en 2001, es la calle la que juega un papel decisivo en la partida de los dirigentes del poder.

Contrariamente a los “motines del hambre” de los años 1980, la revolución tunecina es uno de los primeros acontecimientos posteriores a la crisis de 2008-2009 que se vincula directamente con el poder político y una de cuyas consecuencias podría ser la aparición de una república democrática. Su primera consecuencia internacional es el movimiento egipcio, que se reivindica directamente del ejemplo tunecino, al pedir, y obtener, la partida de Mubarak. La república democrática es el “último campo de batalla” (Engels) sobre el que debe librarse el combate decisivo entre la burguesía y el proletariado¹. Dicho de otro modo, es el terreno sobre el que cual el enfrentamiento entre las clases puede depurarse más. Corresponde al proletariado impulsar esta democracia hasta el punto en que ella desvele su hipocresía intrínseca, ponga al desnudo su carácter íntimo: el dominio del capital sobre el trabajo. La república democrática, la forma política en la que se ejerce la dominación del conjunto de la burguesía (comprendida la propiedad de la tierra), la forma de Estado más elevada, única sobre la cual puede ser llevado hasta el fin el combate decisivo, es pues una condición necesaria para la victoria del proletariado. En la historia, numerosas revoluciones burguesas no han podido llegar a esta forma de Estado. Si en ciertos casos, este tránsito a la república democrática será tan solo, como decía Engels, asunto de una mañana (en Inglaterra, en Bélgica, en los Países Bajos, en España, por hablar sólo de Europa) sigue siendo, en los otros numerosos casos, un formidable trampolín para realizar su misión histórica y para el cual el proletariado debe estar en la vanguardia de la lucha (caso de la China, de Egipto, de Túnez, etc.).

Para que las burguesías de Túnez y Egipto puedan poner en pie esta forma de Estado sin ser desbordadas por el proletariado, ellas deben suscitar la creación de partidos políticos que representen a las diferentes fracciones de la burguesía, de las clases medias y partidos obreros burgueses para representar al proletariado, poner en pie un sistema electoral donde el fraude electoral sea excluido en conjunto, depurar los

¹ “Marx y yo, durante cuarenta años, hemos repetido hasta la saciedad que para nosotros la república democrática es la única forma política en la cual la lucha entre la clase obrera y la capitalista puede de entrada universalizarse y llegar después a su término con la victoria decisiva del proletariado” Engels 1892, respuesta a G. Bovio

puestos clave de la administración y de las empresas dependientes del poder del Estado, asegurarse la adhesión del ejército, de las clases medias y en particular, las vinculadas al Estado. La condición es que ellas lleguen a yugular al proletariado y a estabilizar/normalizar pues la revolución para hacerla entrar en el camino de la república democrática (es el principio de la “transición democrática” que se ha seguido en España, en Grecia, en Chile y en el resto de América latina, en África del sur, en Alemania (este-oeste) en Grecia, etc.)

Pero el proletariado no debe esperar esta realización para conducir la lucha por la revolución proletaria. Debe declarar, en cuanto tenga los medios, es decir, si emerge efectivamente de este letargo histórico que dura hace más de 80 años, la revolución en permanencia.

En Túnez, y a partir de ahora, en Egipto, la conquista de la democracia está ya realizada. Con su lucha, el proletariado ha ganado la libertad de expresión, de asociación, de organización. Debe tratar de crear, si no los ha puesto ya en pie, organismos que puedan ser los esbozos de un poder paralelo, permitiendo así la emergencia de un doble poder.

Una condición fundamental para no ser un juguete entre las manos de las clases dominantes es la de formar un partido proletario (comunista) independiente y opuesto a las otras clases, tarea todo menos fácil cuando, en el mejor de los casos, el proletariado emerge de un período de más de 80 años de contrarrevolución (la última gran huelga revolucionaria de los años 1920 se rompe con la derrota de las revoluciones en Alemania y en Europa central y en China (1927) mientras que la contrarrevolución estaliniana se impone en Rusia bajo la forma de la doctrina del “socialismo en un solo país”, abriendo la vía a una acumulación del capital furiosa. Desde este período, el proletariado no ha reformado el partido político independiente. Al mismo tiempo, si bien en su fase de recomposición, las modalidades de su constitución en partido son aún inciertas, debiendo extraer éste su fuerza de su carácter internacional, y la capacidad para desarrollar un partido internacional es una de las primeras tareas del proletariado.

En esta perspectiva, en esta vía real de la revolución permanente, el crecimiento de la potencia del proletariado le permite hacerse con el poder político y ejercer su dictadura. El proletariado ahoga la república democrática antes de que esta no lo degüelle a él (es la dinámica de febrero a octubre de 1917 en Rusia). Pero antes que este episodio tenga lugar –si tiene lugar- existen otras posibilidades:

- Primero el fracaso del movimiento democrático y su aplastamiento, como en 1905 en Rusia, y el mantenimiento del poder, antes pues de que una expresión autónoma del proletariado pueda desarrollarse.
- La variante contrarrevolucionaria a la perspectiva de revolución en permanencia evocada arriba es, por ejemplo, la de junio de 1848. El proletariado desarmado y desorganizado es librado a la represión por el reformismo. La república democrática aplasta al proletariado. Una continuación posible a esto es una forma de dictadura bonapartista.
- Por fin, una forma de restauración del antiguo régimen (intervención libia y las fuerzas que han sostenido a Ben Alí en el caso de Túnez, sostén de las naciones imperialistas o la aparición de un nuevo hombre fuerte instaurando una dictadura militar,...) es aún posible (cf. La tentativa de golpe de estado del general Kornilov contra el gobierno provisional en agosto/septiembre de 1917)

En el corazón del Mediterráneo, los ejemplos tunecino y egipcio aterrorizan no sólo a todos los gobiernos del mundo árabe (que han conocido movimientos remarcables de solidaridad, como en Argelia o Jordania), sino aun más allá, a todos los estados que han empleado con su propio proletariado un brazo de hierro para hacer bajar los salarios y los gastos vinculados a los sistemas de protección social (España, Grecia, Francia, Portugal, Reino Unido...en el seno de los cuales se han producido estos últimos meses potentes movimientos de protesta).

Los imperialismos americano y europeo, conscientes del peligro de ver desarrollarse una expresión autónoma de la clase proletaria están prestos a abandonar a los representantes más corrompidos, pero para instalar en su lugar a gobiernos a sus órdenes, capaces de mantener la paz social y los equilibrios internacionales. Si el proletariado acepta las medidas a medias y se queda ahí, será víctima de la represión y verá acrecentarse sus condiciones de explotación.

Estos acontecimientos se inscriben en un curso histórico de las revoluciones democráticas que ha conocido, en estas áreas geográficas, múltiples episodios. Las revoluciones anticoloniales de los años 1950 han permitido ciertamente una emancipación de las burguesías nacionales, pero han concluido rápidamente en regímenes autoritarios y corrompidos. En cierto modo, al levantarse contra las metrópolis en las que reina la democracia burguesa, las clases dominadas no podían valerse de la misma ideología que la de su opresor para combatirlos; por otra parte, asustada por el espectro del proletariado revolucionario, la burguesía ligada rápidamente a los intereses imperialistas, no tenía capacidad revolucionaria, es la pequeña burguesía la que asegurará la dirección de estos movimientos. Es por lo que ellas se han hecho a menudo en nombre de un "socialismo" que era a la vez el signo de la potencia del proletariado, aún reducido a un recuerdo, un medio de domesticarlo y de movilizarlo como masa de maniobra de la revolución e igualmente el signo de la influencia del imperialismo gran-ruso soviético y testigo de la fuerza del capitalismo travestido de una falsa ideología socialista. Es significativo que con el principio del desmoronamiento del bloque soviético y el retroceso del campo "socialista", haya sido el Islam quien ha devenido o redevenido en muchos lugares, la punta de lanza de estos movimientos, cuyo ejemplo más chocante –pero que ha quedado en único- ha sido el de la revolución iraní de 1979, que desemboca no en una república democrática, sino en una república teocrática. La apuesta de los movimientos de protesta de 2009 en este país es la de saber si las corrientes políticas musulmanas "moderadas" son capaces de asegurar una transición hacia una república democrática, con una corriente política musulmana que se presentaría un poco como lo que es la democracia cristiana en Europa.

El factor islámico tiene ciertamente un peso desigual, en el plano político, entre Túnez y Egipto; uno de los envites de estos movimientos será ver en qué forma política es capaz la burguesía local de asegurar una transición hacia la república democrática, lo que implica también ver hasta donde sabrá oponerse a los dictados de las grandes potencias imperialistas. En todos los casos, el papel del ejército será decisivo.

¿Y cuál puede ser el papel del proletariado?

Como hemos dicho, debe aprovechar el espacio de organización que se le ofrece para crear su propio partido de clase. Esta posición ha sido siempre la de los marxistas.

"Pero nosotros estamos de acuerdo en que el proletariado no puede conquistar sin revolución violenta el poder político, única puerta que da a la nueva sociedad. Pero para que en el día de la decisión el proletariado sea lo bastante fuerte para vencer (y esto, Marx y yo lo hemos defendido desde 1847), es necesario que se forme un

partido autónomo, separado de todos los otros y opuesto a todos ellos, un partido de clase consciente (Engels- Borrador de la carta a Gerson Trier del 18 de diciembre de 1889).

Este partido de clase sólo puede existir y actuar realmente a escala internacional, pero no podrá surgir fuera del movimiento real de la clase; el papel de las minorías comunistas actuales, solas, no puede ser suficiente. Este partido deberá afirmar claramente que no hay ninguna esperanza en la sociedad capitalista que no lleve a crisis cada vez más violentas; que la solución al paro en masa, a la hambruna que amenaza en cada crisis, sólo puede residir en la toma del poder político por el proletariado, el ejercicio de su dictadura, la destrucción del Estado burgués, la socialización de los medios de producción y la erradicación de todo sistema de explotación.

“ Pero para los proletarios que se dejan divertir con paseos ridículos en las calles, por plantaciones de árboles de la libertad, por frases sonoras de abogado, habrá agua bendita al principio, injurias a continuación y por fin metralla, y siempre miseria”
Blanqui 1851.